

LA INCIDENCIA DEL JUEGO EN EL DESARROLLO DE HABILIDADES SOCIALES EN LA INFANCIA.

“Los niños deben jugar donde se puede jugar”

(Ponticelli, Nápoles)

Ayda Dorany Fonseca Buitrago¹
e-mail: doranyf@gmail.com
I.E. Instituto Técnico Empresarial
el Yopal- Colombia
Código ORCID:
<https://orcid.org/0009-0007-6370-4768>

Diana Milena Chaparro Suárez²
e-mail:
dianamchapparos@gmail.com
I.E. Instituto Técnico Empresarial
el Yopal- Colombia
Código ORCID:
<https://orcid.org/my-orcid?orcid=0000-0003-2044-6221>

Sonia Milena Velásquez Orozco³
e-mail: soniavelasquezorozco@gmail.com
I.E. Instituto Técnico Ambiental San Mateo- Colombia
Código ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-6924-1475>

Recibido: 14/02/2025 Aprobado: 12/03/2025

¹ Ayda Dorany Fonseca Buitrago. Licenciada en ciencias de la educación preescolar de la Universidad Pedagógica y tecnológica de Colombia. Magíster en gestión de la tecnología educativa de la Universidad de Santander. e-mail: doranyf@gmail.com

² Diana Milena Chaparro Suárez. Licenciada en ciencias de la educación preescolar de la Universidad Pedagógica y tecnológica de Colombia. Magíster en Educación de la Universidad Santo Tomás de Colombia. e-mail: dianamchapparos@gmail.com

³ Sonia Milena Velásquez Orozco. Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Magíster en docencia de la Universidad De La Salle. e-mail: soniavelasquezorozco@gmail.com

RESUMEN

Este texto explora la importancia fundamental del juego en el desarrollo integral del niño, abarcando aspectos cognitivos, socioemocionales y comunicativos. Se destacan las contribuciones de diversos teóricos como Vygotsky, Piaget, Bruner, Erikson, Dewey, y otros, quienes coinciden en la relevancia del juego como herramienta educativa, proceso de aprendizaje profundo y de desarrollo de las habilidades sociales en la edad preescolar. El juego se presenta como un espacio de creación, descubrimiento y construcción de la identidad, donde el niño internaliza valores culturales, resuelve problemas y se conecta con su entorno. Se enfatiza el rol del adulto como mediador, facilitando el desarrollo a través del juego. Las diferentes perspectivas teóricas convergen en la idea de que el juego no es un mero pasatiempo, sino un pilar esencial para la adaptación y el desarrollo del niño en su contexto cultural, potenciando su crecimiento y bienestar. También se destaca la riqueza y complejidad del juego como proceso de aprendizaje y desarrollo, ofreciendo una visión integral de su impacto en la formación del niño.

Palabras claves: Juego educativo, habilidades sociales, pedagogía, educación en la primera infancia, docente, aprendizaje.

INCIDENCE OF PLAY IN THE DEVELOPMENT OF SOCIAL SKILLS IN CHILDHOOD.

ABSTRAC

This text explores the fundamental importance of play in the comprehensive development of the child, covering cognitive, socio-emotional and communicative aspects. The contributions of various theorists such as Vygotsky, Piaget, Bruner, Erikson, Dewey, and others are highlighted, who agree on the relevance of play as an educational tool, a process of deep learning and the development of social skills in preschool age. The game is presented as a space for creation, discovery and construction of identity, where the child internalizes cultural values, solves problems and connects with his environment. The role of the adult as a mediator is emphasized, facilitating development through play. The different theoretical perspectives converge on the idea that play is not a mere pastime, but an essential pillar for the adaptation and development of the child in their cultural context, enhancing their growth and well-being. The richness and complexity of play as a learning and development process is also highlighted, offering a comprehensive vision of its impact on the child's education.

Key words: Educational games, Social skills, Pedagogy, Preschool education
Preschool teachers, Learning

El juego es una actividad esencial en la infancia, contribuye significativamente al desarrollo integral de los niños y niñas, ya que mediante él se potencializan las funciones cognitivas, físicas y las habilidades comunicativas entre otras, por lo tanto, la atención de los pedagogos, las familias y las culturas, deben considerar el juego como herramienta esencial en la vida cotidiana y en la educación infantil. Los juegos, ya sean estructurados o libres, proporcionan un entorno seguro en el que los niños pueden experimentar y explorar sus límites sociales. Estas interacciones son esenciales para su crecimiento emocional e intelectual. En este ensayo, se analizará cómo el juego impacta

en el desarrollo de habilidades sociales en la infancia, sondeando tanto los beneficios como los desafíos que pueden surgir en este proceso. Al comprender la importancia del juego, se puede promover un entorno que fomente el aprendizaje social y emocional en los más jóvenes para aportar herramientas que les permitan desempeñarse a lo largo de la vida.

Es importante reconocer que, en la naturaleza el juego es una forma de aprender, como lo expone Vygotsky (1983) en la introducción del libro de Bühler, donde desde la teoría naturalista refiere que “en el juego de los animales está presente la posterior evolución que seguirán las diversas facultades” (p. 106). Identifican en el mismo texto que la diferencia entre el juego y la acción real o efectiva (es decir la ejecución formal de la acción) radica en dos puntos: lo primero, que se practica con sus pares, y segundo que se distinguen por “el ritmo y la fuerza”, que el sujeto aplica en ellos. Al respecto Huizinga (1972) refiere que “...muchos animales juegan. Sin embargo, me parece que el nombre de homo ludens, el hombre que juega expresa una función tan esencial como la de fabricar, y merece, por lo tanto, ocupar su lugar junto al de homo faber” (p.7), otorgando importancia al juego, tanto como a la elaboración de instrumentos para la vida, estableciendo ambas como acciones determinantes de la capacidad adaptativa y transformativa de muchas especies, entre ellas la humana.

Desde este punto de vista, el juego se convierte en la forma de aprendizaje más interactiva, ya que a través de este y mediante la motivación, seguimiento de patrones u acciones, la reflexión, replica y disfrute permite que el niño incorpore poco a poco

habilidades de sí mismo y patrones de su cultura. Es así como el aprendizaje vicario (Bandura, 1966) que se da por observación y seguimiento, incorpora las primeras etapas del juego, el cual se va transformando como educador por excelencia, y refleja la cultura en la que se está desarrollando el niño; según García (2016) existe múltiples teorías sobre el origen del juego, los motivos y sus funciones, estableciéndolo como “El juego es una actividad natural del niño que le proporciona placer y satisfacción (si se juega a disgusto o no se divierte, no juega sino que sigue las indicaciones del adulto o el grupo)” (p.17).

Así las cosas, el juego al ser una actividad natural y una forma del aprendizaje vicario que va evolucionando con el mismo niño, se incluye en la triada de jugar, aprender y desarrollarse, como pilar en la infancia, en palabras de García (2005) (citado en Carbonero 2016):

Juego, aprendizaje y desarrollo constituyen una unidad indisoluble siendo fuente de aprendizaje porque estimula la acción, reflexión y expresión por parte de niñas y niños. Es una actividad que les permite investigar y conocer el mundo de los objetos, de las personas y sus relaciones, explorar, descubrir y crear. (p.20)

En este punto se debe considerar que, a lo largo de la historia, el juego ha sido reconocido como un elemento crucial en el crecimiento infantil. Desde las civilizaciones antiguas, se ha observado que el juego no solo sirve como entretenimiento, sino que también fomenta la cooperación y la socialización, para Froebel (1826) “el juego es el

testimonio de la inteligencia del hombre en este grado de la vida” (p.60), haciendo referencia a la demostración del raciocinio del ser humano, no solo en la infancia, si no en los hallazgos de juego de las civilizaciones antiguas. Es así como diferentes autores, filósofos, psicólogos y pedagogos, se han interesado en el juego y concuerdan en la importancia de este en el proceso de aprendizaje, por ejemplo Montessori (1982) y Wallon (1987) han enfatizado en el juego como una herramienta educativa esencial, validando su importancia en la formación integral de los niños al referir que “la actividad propia del niño es el juego”(Wallon, 1987, p. 52), para resaltar que el juego infantil es el que mayor tiempo y dedicación debe tener en esta etapa del desarrollo humano.

En esta misma línea, Vygotsky (1978) establece que “el juego satisface algunas necesidades de los niños” (p. 142), como la necesidad de moverse, explorara y obtener inmediatamente lo deseado, posteriormente el juego en la edad preescolar adquiere una connotación imaginaria, de esta forma satisface las necesidades de movimiento y postergación de la obtención de placer, por la actividad del juego en la mente y la introyección poco a poco de los símbolos sociales, culturales y del lenguaje. Así las cosas, el paso de la “zona de desarrollo real” a la “zona de desarrollo próximo” (Vygotsky, 1995) se establece ante la introducción del juego simbólico, ya que en primera instancia el niño, aunque interactúe en juegos con otros niños, se interesa por el suyo propio, y poco a poco van generando una simbología en común hasta desembocar en el juego en conjunto, o en el mismo imaginario dentro del juego; dentro de este espectro del juego se evidencian las habilidades motoras, la expresión y comunicación, los

desplazamientos, la socialización y la creatividad, como reflejos al mundo exterior mediado por su imaginario en la adaptación a su entorno.

En este orden de ideas, Dewey (1916) plantea que el juego tiende a reproducir y afirmar los patrones de la vida adulta, así mismo considera la escuela como un ambiente donde se debe facilitar el desarrollo del niño a través del juego y el trabajo activo (p.170), establecido la escuela no solo como espacio para el desarrollo de conocimiento mediante las tareas o trabajos propios del desarrollo mental, sino considerando el juego como parte importante en dicho desarrollo, y con especial acentuación en el “desarrollo moral”, entendiendo este último como la introyección de valores y cualidades que son una forma de aceptar e introducirse en la cultura en la cual el sujeto, en este caso el niño, se desempeña.

En este sentido, y teniendo en cuenta que el sujeto está inmerso en la cultura y a través de esta se adquiere el lenguaje, Piaget (2004) reconoce que la adquisición del lenguaje se desarrolla a través de la interacción de la imitación y el juego mediado por la comunicación, es decir que mediante la acomodación que se da en la imitación del lenguaje y las acciones, se proporciona la asimilación, y con la saturación de esta en el juego se introyecta el significado del lenguaje tanto verbal como no verbal, dando cabida al juego de imitación como primera instancia y luego al juego simbólico en el desarrollo del niño. Así las cosas, Piaget recalca que “el juego es, primero que todo, simple asimilación funcional o reproductiva” (2004, p.120) que se manifiesta desde las primeras

etapas del desarrollo, o complementa la acomodación para generar nuevas conexiones cerebrales.

En esta misma línea, Bruner (2017), referencia que el juego “es una actividad fundamental para la adaptación humana y las estrategias de solución de problemas” (p. 84), por ende este se puede estudiar desde tres aristas: el sujeto ejecutor (el niño que juega), las acciones intencionadas (el comportamiento) y el ambiente de hecho (contexto); desde estos tres aspectos, el juego cobra relevancia porque aporta al niño herramientas que le permiten desenvolverse socialmente, ensayar y errar en la solución de problemas cotidianos y posteriormente imaginarios, estimula la imaginación, la inventiva, la comunicación y a través del juego se pueden desarrollar procesos evolutivos significativos ya que “el juego favorece el desarrollo cognitivo además el equilibrio emocional y afectivo” (Bruner, 2017), también reconoce en el contexto la importancia del acompañamiento de un adulto, que posea conocimientos en estrategias y competencias que le permitan proponer juegos que faciliten el desarrollo de procesos evolutivos, marcando así una exigencia en la pedagogía del juego en las primeras etapas de escolarización.

Así mismo, para Châteu (1958) el juego está relacionado con el desarrollo del conocimiento, la afectividad, la motricidad y la socialización, sus investigaciones aportan el reconocimiento del juego en la adquisición de habilidades sociales y afectivas, de esta forma, el juego como primer socializador se establece como eje fundamental del proceso de los niños. Châteu referencia “el juego es una forma natural de aprendizaje” (p.73),

siguiendo la línea de los naturalistas y evolucionistas que direccionan el juego como tarea esencial de la infancia, lo que reafirma la idea de que a la cultura se ingresa por el desarrollo simbólico- cognitivo del lenguaje y a este a su vez a través del juego.

En concordancia, Erikson (1993) manifiesta que “el juego, entonces, es una función del yo, un intento por sincronizar los procesos corporales y sociales con el sí mismo” (p. 190), con lo que establece que el juego es una forma de nivelar los deseos (pulsiones) del Yo con el ambiente o normas socioculturales (Ello), es decir es un vestigio del Superyo. En otras palabras, es una forma de ingresar a la cultura a través de la restricción inmediata del principio de placer (establecido por Freud). De esta manera se instaura el juego como una forma de experimentación del niño para edificar el mundo dentro de él, es decir como una forma de estructurar el Yo.

En esta misma línea, a través del juego se genera interacciones sociales, creando aprendizajes representativos y prácticos que permiten desarrollar habilidades en la resolución de problemas y a la vez construir conocimientos, ya que “en el juego el niño aprende a actuar en situación cognoscitiva, y no visual” (Elkolin, 1980, p. 276). Así mismo, el juego se convierte en un aspecto principal en el desarrollo del habla, pues esta última encara el desarrollo del mundo (welt), fomentando el reconocimiento de lo social en la mente del niño a través de la palabra, pero a su vez carga de afectividad las acciones, y palabra misma, con lo que otorgan alegría y satisfacción, proporcionando el paso del egocentrismo de la infancia a descentramiento (Elkolin, 1980) que permite la

escucha activa del otro y el ingreso al reconocimiento del mismo niño en su interior como parte de una comunidad.

Haciendo hincapié en el desarrollo emocional, la salud mental y la vida útil, Winnicott (1971), considera que “En el juego, y solo en él, pueden el niño o el adulto crear y usar toda la personalidad, y el individuo descubre su persona solo cuando se muestra creador” (p.50), ya que el juego es el escenario propicio para que confluyan las realidades, interna y externa, siendo el juego una experiencia altamente nutritiva que facilita la expresión de sentimientos, el reconocimiento del entorno, la actividad creativa, vivenciar experiencias emocionales que le ayudaran a su adaptación. Desde este punto de vista se reafirma desde Winnicott, lo planteado anteriormente por Piaget, Vygotsky, Bruner y otros investigadores, al establecer que “La experiencia cultural comienza con el vivir creador, cuya primera manifestación es el juego” (p.87), el cual depende del contexto en el que se esté desarrollando el niño, cobrando fuerza la premisa de la pedagogía a través del juego en las primeras etapas de la vida.

Se evidencia en los anteriores párrafos, con el pequeño recorrido histórico, que el juego es tan importante como asombroso, en el sentido que es, inicialmente, una forma de adaptarse a la cultura, así como la satisfacción de deseos y el aprendizaje de comportamientos o patrones. Al respecto Decroly (2002) señala que la importancia del juego radica en que permite desarrollar gradualmente diversas funciones mentales y la adquisición de nuevos conocimientos, considera que para que estos procesos se den se le debe brindar al niño escenarios apropiados, plantea “esto es lo que ocurre cuando el

niño se encuentra en condiciones de medio ambiente favorable, cuando tiene a su disposición materiales y estímulos que representen el ejemplo de la actividad de los adultos” (p. 26), otorgándole relevancia a la escuela, y en esta al juego educativo (“el juego en el trabajo”(p.25)) para el fomento de la actividad intelectual.

Igualmente, el juego es el mecanismo mediante el cual “el niño descubre el mundo, sus misterios y sus leyes, pone a prueba sus propios conocimientos y sus propias capacidades, aprende a conocer a los demás” (Tonucci, 2016, p. 45), lo que conlleva a que el niño aprenda jugando. Es indispensable, entonces, que para jugar el niño cuente lugar seguro, cargado de experiencias que enriquezcan el tiempo de juego, que le permita explorarse en su entorno, identificar los límites de sí mismo y de su cultura a través de la interacción con sus pares. Esto se logra proporcionando herramientas que le ayuden a reconocer y apropiar los aprendizajes que adquiere mediante la acción de los juegos. Este espacio, bien sea en el hogar o en la escuela, deben facilitar la autonomía, la creatividad, imaginación y las experiencias emocionales, bajo la vigilancia o acompañamiento de un adulto, que rara vez debe interferir, en el tiempo de juego.

Finalmente, después de observar los aportes de diversos pedagogos, psicólogos e investigadores del juego, se reconoce las bondades este desde todas las posibilidades de aprendizaje que proporciona. Es así como el juego no solo está limitado a la edad infantil, sino que se convierte en el catalizador de emociones y habilidades humanas en los diferentes estadios vitales, por lo que en palabras de Jiménez (2008):

He ahí su gran importancia en el terreno pedagógico, no como una técnica o un mecanismo mediador, si no como la gran posibilidad de construir una nueva metodología lúdica-creativa, que se convierta en un nuevo modelo pedagógico que pueda trastocar o modificar los ya existentes. (p. 92)

Sin embargo, la finalidad de este ensayo es identificar la incidencia del juego en el desarrollo de habilidades sociales en la infancia, por lo que se considera de diferentes aristas. Para ello se valora la posición de la Asamblea de las Naciones Unidas, en la Convención sobre los derechos del Niño (1989), donde establecen en el artículo 31: “Los Estados Partes reconocen el derecho del niño al descanso y el esparcimiento, al juego y a las actividades recreativas propias de su edad y a participar libremente en la vida cultural y en las artes”, con lo que, para Colombia particularmente, se propone una pedagogía para la niñez fundamentada en el juego como potenciador del aprendizaje.

Por consiguiente, el juego es una herramienta necesaria que ayuda a los niños y niñas a enfrentar los desafíos diarios, permite no solo con la observación, si no con la creatividad el aprendizaje en la lectura de su ambiente, la resolución de problemas, la escucha activa, la participación, la invención y el desarrollo de aspectos éticos y morales, que les favorecen, forjar su estilo de aprender, su forma de interactuar consigo mismos y con su entorno, por lo que el Ministerio de Educación Nacional (MEN) acoge el juego como una de las actividades rectoras del currículo en la primera infancia (MEN, 2017) guiando la elección de estrategias, metodologías y desarrollo de acciones y actividades en el aula.

La niña y el niño juegan a lo que ven y juegan lo que viven resignificándolo, por esta razón el juego es considerado como una forma de elaboración del mundo y de formación cultural, puesto que los inicia en la vida de la sociedad en la cual están inmersos. En este sentido, el MEN (2017) propone “las expresiones artísticas, la exploración, el juego y la literatura se convierten en las actividades rectoras de la primera infancia, que posibilitan interacciones recíprocas entre las niñas, los niños, los adultos y los entornos” (p.38), para facilitar el aprendizaje. Por lo tanto, es imperante comprender el juego más allá de la concepción de actividades de ocio, y considerarlo como catalizador de los procesos comunicativos, sociológicos, psicológicos y culturales por los que los niños y los adolescentes deben trasegar para el desarrollo de sus procesos de pensamiento, personalidad e inserción social, e identificar como este proporciona estrategias para el desarrollo de habilidades.

Ahora bien, las habilidades sociales son comprendidas como la capacidad del sujeto para interactuar con otros de forma afectiva, efectiva y agradable, así como lo propone Monjas (1998) “Las habilidades sociales son las capacidades o destrezas sociales específicas requeridas para ejecutar competentemente una tarea interpersonal. Al hablar de habilidades, nos referimos a un conjunto de conductas aprendidas” (p. 18), por consiguiente, son las formas de interacción con otros, en una situación o contexto determinado y por tanto están inmersos en el aprendizaje y adaptación de y a la cultura.

En este sentido, la contribución con el desarrollo de las habilidades sociales desde la primera infancia tiene un aspecto positivo en la construcción de la personalidad del niño y adolescente, ya que les facilita el trasegar por los retos de cada estadio de la vida y al mismo tiempo les permite ampliar el abanico de posibilidades de acción ante los problemas que se les presentan. En concordancia, Caballo (2007) refiere que:

Conducta socialmente habilidosa es ese conjunto de conductas emitidas por un individuo en un contexto interpersonal que expresa los sentimientos, actitudes, deseo, opiniones o derechos de ese individuo de un modo adecuado a situación, respetando esas conductas en los demás y que generalmente resuelven los problemas inmediatos de las situaciones mientras minimiza la probabilidad de futuros problemas. (p.6)

Proponiendo que las habilidades sociales son una forma de leer el mundo, interactuar con él y transformarlo en concordancia a las necesidades, deseos y expectativas, que conllevan a una mejor relación consigo mismos, con pares y con el entorno.

En este orden de ideas, las habilidades sociales deben enseñarse desde el nacimiento, a través de los vínculos con la familia; pero cobran fuerza en su aprendizaje y reforzamiento en la interacción en la escuela, ya que es en este entorno donde se convergen diferentes valores, patrones de crianza y comportamientos, en un contexto más amplio, que la familia, para el niño. Por consiguiente, la enseñanza de estas habilidades se debe realizar de forma paulatina, contextualizada y con problemas acordes a la edad, en este sentido Zamora (2011) propone que “Algunas habilidades

sociales que se desarrollan en la etapa preescolar y que son necesarias para el ajuste social son: la toma de turnos, compartir ayudar, escuchar, expresar verbalmente los sentimientos, establecer el autocontrol y controlar tendencias agresivas” (p.2).

Es significativo el llamado al desarrollo de las habilidades sociales en la etapa de primera infancia, ya que estas permiten interactuar eficientemente con pares y con nuestro entorno, y se instaura desde esta etapa de la vida comportamientos tan significativos y cotidianos como: “cómo debemos saludar, pedir las cosas, participar en actividades de grupo, mostrar nuestros sentimientos, manifestar nuestras discrepancias sobre algún asunto, etc.” (Escales y Pujantell, 2024). Esta tarea de la educación preescolar debe partir desde el juego, con actividad que motiven, reflejen la realidad de los contextos y que permita generar asimilación y acomodación en los aspectos conductuales, cognitivos fisiológicos, abordándolos desde actividades inclusivas, respetuosas, en un ambiente de comprensión y que faciliten interacciones positivas que promuevan las estrategias de socialización pertinentes para la edad.

Es significativo entonces, detenerse un poco en los componentes de las habilidades sociales para comprender la relación entre el juego y estos en la edad preescolar. Por consiguiente, y en concordancia con Escales y Pujatell (2024), por su forma concisa de presentarlos, se identifica tres componentes de las habilidades sociales: primero, el componente conductual, que refiere al aprendizaje de conductas específicas compuesta por la Comunicación no verbal, en la que se encuentran las

expresiones faciales, miradas, gestos, movimientos, tocarse el pelo la nariz, etc.; La Comunicación paralingüística: en signos como el volumen de la voz, tono, formalidad y variedad; y Comunicación verbal, el vocabulario, la duración del dialogo, el humor, turnos de palabras.

El segundo componente, es el componente cognitivo, en el se identifican las percepciones del ambiente, hallándose aquí relaciones del contexto en el que se da el acto comunicativo (contextos formales, distantes u próximos, familiares, sociales abiertos, entre otros); y las variables cognitivas del individuo. En estas últimas se identifican las creencias, ideas del entorno y expectativas de regulación del individuo, la forma como el individuo se sitúa ante el mundo y su interlocutor (Escales y Pujatelle, 2024). Cabe resaltar que en la edad preescolar o primera infancia, esta variable cognitiva se está construyendo de acuerdo a la calidad e impresión de las experiencias que el niño tenga, por ello y con la finalidad del desarrollo de habilidades sociales dichas experiencias deben ser respetuosas, alegres y aun cuando sean de corrección, deben ser lo menos “dolorosas o frustrantes” posibles a fin de que se disminuyan los riesgos de desarrollo de traumas y por ende disminución en el desarrollo de dichas habilidades objetivo, como lo plantea Caballo (2007, p. 11)

En tercera instancia, se identifica el componente fisiológico de las habilidades sociales, el cual está constituido por los signos que se presenta al enfrentarse a una situación social determinada y que está enmarcado por la respuesta del organismo al estímulo social y a la percepción (o lectura) que el sujeto haga de ella. Los signos

fisiológicos son: la tasa cardiaca (frecuencia cardiaca), la presión sanguínea, la sudoración, la piloerección (erización, erizamiento o coloquialmente llamada piel de gallina), la respuesta de contracción muscular y la respiración (Caballo, 2007). Dichas respuestas del organismo, como se ha dicho antes, surgen después de la evaluación del entorno y situación enfrentada, por ende y desde las primeras etapas de entrenamiento o aprendizaje de las habilidades sociales, es necesario enseñar a identificarlas y asociarlas a la autorregulación con evaluación positiva situacional.

Merece también examinarse que existen cuatro tipos de habilidades sociales según Rosales (2013): las cognitivas, que involucran aspectos psicológicos relacionados con las preferencias, gustos, deseos y pensamientos; las emocionales, como su nombre lo indican están relacionadas con las emociones y cómo se asumen, cómo se gestionan, abordan la capacidad de llorar, enfadarse y manejar y actuar en diversas situaciones. Por otro lado, las habilidades instrumentales son prácticas y tienen una utilidad para la vida, comprenden acciones como buscar alternativas, negociar y resolver problemas de manera eficiente. Finalmente, las habilidades comunicativas se refieren a la interacción interpersonal, incluyendo el inicio de conversaciones, la formulación de preguntas, la escucha activa y la expresión clara y efectiva de ideas.

Considerando entonces lo expuesto, se identifica la importancia de las habilidades sociales como las habilidades que nos permite adaptarnos, en palabras de Piñeiro (2018)“Nuestra supervivencia dependerá de entender las acciones, intenciones y

emociones de los demás”, puesto que es en la comprensión del otro y las situaciones lo que nos permite aprender a comunicarnos, a resolver los problemas, a convivir y a reconocernos como parte de los sistemas que componen la cultura y de los cuales se nutre la vida social humana, reafirmando la premisa de que “los seres humanos son sociales por naturaleza” (Aristóteles,2022, p. 50), se señala entonces, que la perpetuación de la especie esta en la capacidad para ser sociables, para ayudarnos unos a otros.

En este orden de ideas, las habilidades sociales son primordiales en el aprendizaje para la vida, por ende, su enseñanza no debe estar relegada en las aulas y a los currículos, si no que deben acompañar todos los procesos cognitivos de las diferentes áreas académicas. En este sentido y teniendo en cuenta que en la primera infancia, la exploración y conceptualización del mundo, así como el ensayo- error, modelamiento y reflexión de los hechos concretos, y luego de los hechos simbólicos o imaginarios, se inicia a través del juego, cobra importancia este elemento como catalizador del aprendizaje.

Concedemos que, para alcanzar el logro de los objetivos educar, el juego se convierte en la herramienta por excelencia, pero al mismo tiempo debe otorgar algunas características que permitan que el niño desee jugarlo. En este orden de ideas “el juego debe ser por un lado variado y, por otro lado, debe ofrecer problemas a resolver, progresivamente con mayor dificultad e interés” (Zurita, 2018, p. 34), con lo que el juego debe cambiar, identificarse e incluirse de acuerdo con las edades o estadios de

desarrollo de los niños, para que se genere así la motivación y la complejidad que le otorga al juego la sutileza de aprender jugando.

Es importante aquí recordar a Piaget, el cual propone, juntos a los estadios de desarrollo humano, el tipo de juego que guía el proceso de aprendizaje según la edad. Así, por ejemplo, en el estadio sensorio motor (entre los 0 y dos años, aprox.) se presenta el “juego Funcional o de ejercicio”, caracterizado por repetir la acción una y otra vez, con la finalidad de obtener el placer inmediato, reforzando primero la identificación de objetos, sonidos, acciones, el desarrollo de habilidades físicas básicas como gateo, marcha, agarre, fijación de la atención. Luego aparece el juego simbólico (entre los 2 y 6 años) donde los niños a través de la imaginación asimilan la realidad, inventan e imitan personaje, transforman elementos reales con un significado alterno, por ejemplo, usan un plato como volante (Carbonero Cely (2016)).

Posterior a este aparece el juego reglado simple (entre los 7 a 12 años) caracterizados por la introyección de normas básicas puestas por el grupo y la sanción o penalización a la violación de dicho criterio. Finalmente (entre los 11 y 12) está el juego de reglas complejas como los juegos deportivos con normas sociales claras y con la comprensión de normas abstractas. Durante estos cuatro estadios el juego de construcción aparece y evoluciona desde el año de edad, subiendo el nivel de complejidad el desarrollo de habilidades físicas, cognitivas, emocionales y sociales.

En este sentido, el MEN (2014) plantea que el juego facilita la adquisición de habilidades necesarias en cada estadio de desarrollo e igualmente es fuertemente socializador al permitir a los niños y las niñas expresar su forma de ser, identificarse con otros y consigo mismo, experimentar, descubrir sus capacidades e identificar sus limitaciones, otorgándoles necesidad de expresar sus emociones, pensamientos y deseos, convirtiendo a los niños en “protagonistas de una acción heroica creada a partir de su maravillosa imaginación”(Zurita, 2018, p.34).

Desde esta perspectiva, es posible determinar el impacto positivo de la relación del juego con el desarrollo de habilidades sociales en la primera infancia. Esta etapa los prepara para asumir los retos de la escolaridad formal, en la que se tienen que enfrentar a contextos académicos multiculturales, con presencia de compañeros neurotípicos y neuro divergentes, con los cuales se tendrán muchos puntos de encuentros y desencuentros debido a los gustos, preferencias, influencias culturales, religiosas y familiares. Para Miller (2019) “La incapacidad de compartir puede provocar conflictos entre los niños en edad preescolar y, a la vez, la voluntad de compartir puede promover relaciones positivas y experiencias divertidas” (p.26).

Es así como el niño debe estar capacitado para asumir derrotas, caídas, opiniones diferentes a la suya, sentimientos de frustración, de tristeza, triunfos, aciertos, mediante estas interacciones, los niños van creando defensas para combatir experiencias desfavorables, esas prácticas decepcionantes que necesitan ser abordadas desde la infancia. Debe prepararse para interactuar de manera efectiva, armoniosa y afectiva,

utilizando los canales de comunicación pertinentes que le faciliten la interacción con sus pares, maestros, familia y adultos.

Entre las múltiples bondades que ofrece el juego, se evidencia en el contexto escolar el desarrollo de las habilidades sociales. Por tal motivo, muchos docentes, acuñando las políticas ministeriales, asumen el juego como un aporte serio en la planeación académica, ya que el juego convoca al encuentro social, al compartir, saltar, divertirse, pasarla bien y disfrutar de la compañía del otro. Este es un espacio fundamental para forjar relaciones esenciales para su crecimiento integral y que van a permear el resto de la vida, como son la autoestima, la confianza en sí mismos y en los demás. A través del juego, se despierta la curiosidad, la chispa del aprendizaje, que motiva al niño a saber del otro, a interesarse por sus gustos y a ponerse en sus zapatos, es decir, a formar la empatía y a experimentar éxitos y fracasos, en palabras de Escalante et al (2016) “el juego infantil puede intervenir como medio para facilitar la adquisición y la repetición de ciertos conocimientos indispensables, pero al mismo tiempo a su autoeducación e individualización” (p.15).

Cabe resaltar que la ausencia de juego en un niño es una alerta, la maestra debe estar muy atenta, si bien es cierto no a todos los niños les gusta jugar con otros niños. Hay que reconocer tal como lo plantea Londoño (2006) citando el famoso poema de Freire que lo importante en la escuela no es solo estudiar o trabajar, sino también crear vínculos de amistad, fomentar un ambiente de compañerismo, convivir y alegrarse por el

otro “Ahora bien, es lógico... que en una escuela así sea fácil estudiar, trabajar, crecer, hacer amigos, educarse, ser feliz”.(p.105). Tomando esta premisa el juego es un llamado a relacionarse con el otro a darse la oportunidad de escuchar comprender y ser escuchado, de ser tenido en cuenta, el juego es un acto racional ya que permite develar las intenciones de los otros, respetar, aceptar e internalizar reglas y turnos, de empoderarse, de participar aceptando las normas del grupo, es poder sentirse cómodo en un espacio donde lo reconocen y lo respetan.

El juego le va a permitir al niño el desarrollo de sus habilidades sociales ya que a través de sus variados lenguajes el niño va buscando la forma expresar sus ideas, sentimientos, pensamientos, emociones y necesidades de manera clara. Ya sea a través de juegos de roles, o en juegos de grupo en los que se vea inmerso y requiere coordinarse y cooperar para alcanzar un objetivo común, el juego proporciona un entorno seguro y natural para practicar habilidades de comunicación verbal y no verbal, aunque algunos niños en esta edad no pronuncian adecuadamente ciertas palabras esto no se convierte en limitante para el despliegue de ideas e imaginarios. Estas prácticas ayudan a formar entornos seguros para la convivencia social, ya que enseñan a los niños la importancia de actuar de manera ética y responsable en su interacción con los demás, es relevante como a través del juego los niños mejoran su capacidad para concertar, negociar, ceder, dialogar y resolver conflictos. El MEN (2014) plantea que los niños y las niñas “son los dueños del juego, pueden tomar decisiones, llegar a acuerdos, mostrar sus capacidades, resolver problemas y, en definitiva, participar” (p.17).

El docente en la educación preescolar desempeña un papel fundamental en el desarrollo integral de los niños, especialmente en el contexto de los juegos. A lo largo de los primeros años de vida, el juego se convierte en el principal medio de aprendizaje, ya que permite que los niños exploren, experimenten y comprendan el mundo que les rodea y para esto el docente no solo debe facilitar dicho espacio, sino que también a de convertirse en guía y estructurador el ambiente lúdico, promoviendo actividades que estimulen el desarrollo cognitivo, emocional y social de los niños, como es planteado por Zurita (2018), cuando refiere que “la figura del docente es clave como creadora de ambientes de enseñanza- aprendizaje”(p.39)

Es entonces crucial la presencia del docente, para asegurar que el juego se utilice de manera pedagógica, favoreciendo el aprendizaje de conceptos fundamentales como el lenguaje, las matemáticas básicas, las habilidades motoras y la resolución de problemas y conlleva a que el docente también genere una organización en los espacios, distribución de tiempos y selección de juegos a fin del logro de los objetivos. Además, los docentes en la educación preescolar son los encargados de observar de cerca las interacciones de los niños durante el juego, lo cual les facilita identificar áreas de desarrollo que necesitan apoyo. Esta observación permite a los educadores intervenir de manera estratégica, proporcionando desafíos adecuados al nivel de cada niño y fomentando la colaboración y la comunicación en grupo, convirtiéndose en mediador del aprendizaje, en el sentido planteado por Vygotsky (1978), al ser puente entre el juego, el niño y el aprendizaje.

A través del juego, los docentes pueden fomentar habilidades sociales como el trabajo en equipo, la empatía, el respeto por las reglas y la capacidad de compartir, esenciales para el bienestar social y emocional de los niños. Su capacidad para crear un ambiente seguro y estimulante durante el juego es clave para que los niños se sientan cómodos explorando sus habilidades y capacidades, cobra importancia el rol del docente como facilitador estratégico de ambientes y juegos que fomenten el aprendizaje y a la vez sean atractivos y generan desafíos de desarrollo, reafirmando lo planteado por Glazer (2000, citado en MEN, 2014) al referir que el acompañamiento como docentes en el juego “consiste en la disposición para respetar sus iniciativas y manifestaciones; ponderar y respetar los límites de sus posibilidades físicas e intelectuales, alentar sus propios logros y aceptar sus esfuerzos” (p.36)

En este aspecto, el rol del docente también incluye el de ser un modelo de comportamiento, ya que los niños aprenden observando a los adultos. A través de la participación activa en los juegos, el educador puede modelar habilidades como la resolución de conflictos, el autocontrol y la toma de decisiones. Además, el docente debe integrar el juego en el currículo educativo de manera coherente, utilizando juegos estructurados y no estructurados que favorezcan la creatividad, la curiosidad y el pensamiento crítico.

En este sentido, el juego se convierte en una herramienta poderosa para que los niños no solo adquieran conocimientos, sino también desarrollen habilidades que les servirán durante toda su vida, puesto que, según Broigére (2020) “no es el juego en sí mismo el que contribuye a la educación, sino la aplicación del juego como medio en una totalidad controlada lo que le permite aportar su contribución indirecta a la educación”, otorgándole igual relevancia al docente en su capacidad para equilibrar la libertad del juego con objetivos pedagógicos claros, creando experiencias de aprendizaje significativas y enriquecedoras.

Por otro lado, está la idea del juego libre, no estructurado, y la participación del docente en este. Si bien Lillard (2013) refuerza la idea de que este juego, es esencial para el desarrollo emocional y social de los niños, el maestro, al ofrecer oportunidades para él, les permite a los menores explorar su mundo interno, experimentar con diversas emociones y aprender a resolver conflictos por sí mismos y a la vez expresar sus vivencias, pensamientos y capacidades. Por lo anterior “el juego se convierte en espacio de escucha”(Malaguzzi (2001), citado en MEN (2014) p. 18) y por ende el docente como agente de escucha, puesto que con la observación y la intervención del educador en estos momentos libres proporcionan una excelente oportunidad para fomentar habilidades sociales, como la cooperación y el respeto hacia los demás, y habilidades propioceptivas en el menor, fomentándose así destrezas socioemocionales que son esenciales para el bienestar y la integración cultural de los niños a lo largo de su vida.

Finalmente, gracias a el análisis de diferentes teorías de autores que exponen estudios y enfoques sobre la importancia del juego en la primera infancia, se revela una profunda interconexión entre el juego y el desarrollo integral del niño, abarcando dimensiones cognitivas, socioemocionales y comunicativas. Esta interdependencia desafía las visiones reduccionistas del juego como mera actividad lúdica, posicionándolo como un proceso ontogenético esencial, lo que permite a través del tiempo la formación integral del ser humano de acuerdo con su contexto y ambientes culturales a los que se exponen constantemente durante el recorrido de sus vidas.

Además, se destaca el juego como un espacio privilegiado para la construcción social, donde los niños internalizan normas, valores y patrones culturales a través de la interacción y la imitación. Esta perspectiva resalta la importancia del juego en la formación de la identidad social y la adaptación al mundo adulto. La revisión de diversas teorías (Vygotsky, Piaget, Bruner, etc.) enriquece la comprensión del juego, ofreciendo un marco conceptual sólido para la investigación y la práctica educativa. La integración de estos enfoques permite una visión más completa y matizada del fenómeno.

También es importante destacar el papel crucial del juego en el desarrollo de habilidades sociales fundamentales en la primera infancia en donde se resalta la interacción con pares y su entorno, donde los niños aprenden a negociar, cooperar, resolver conflictos, y comprender perspectivas diferentes, construyendo así las bases para relaciones sociales saludables y exitosas en el futuro.

En este orden de ideas, sobresale la importancia del contexto sociocultural en el desarrollo de habilidades sociales en la primera infancia, se manifiesta en la influencia de las prácticas culturales y las interacciones sociales específicas del entorno, ya que, a partir de allí, se moldean comportamientos y acciones representados en el diario vivir de los niños, destacando la necesidad de considerar la diversidad cultural en la promoción del juego y el desarrollo social.

No se minimiza el rol que desempeña el maestro como mediador en el proceso de desarrollo de habilidades sociales a través del juego, ya que su influencia va más allá de la simple observación, puesto que desde el quehacer docente debe permitir escenarios que incluyan la creación de entornos de juego enriquecedores, la facilitación de la interacción entre pares, la intervención estratégica para resolver conflictos, la promoción de la empatía y el trabajo en equipo, mediante estrategias y mediación pedagógica que maximice el desarrollo integral del niño en todas sus aristas cognitivas, sociales y emocionales.

REFERENCIAS

Anton, M. (Coord.), Blanch, S. (Coord.) y Edo, M. (Coord.) (2016). El juego en la primera infancia: (ed.). Barcelona, Ediciones Octaedro, S.L.

Aristóteles. (2022). Política. (M. García Valdés, Trad.). RBA Libros.

Bruner, J. (2017). La psicología cultural. Salvat

Brougère, G. (2020). Juego y educación (ed.). Argentina, Prometeo Libros.

Caballo, V. E. (1993). Manual de evaluación y entrenamiento de las habilidades sociales. Madrid: Siglo XXI.

Carbonero Celis, C. (2016). El juego motor en la infancia: (ed.). Sevilla, Spain: Wanceulen Editorial. <https://elibro.net/es/ereader/usta/63430?p>

Château, J. (1958). Psicología de los juegos infantiles. Editorial Kapelusz.

Decroly, O., & Monchamp, E. (2016). El juego educativo: Iniciación a la actividad intelectual y motriz. Ediciones Morata.

Dewey, J. (1916). Democracia y educación. Ediciones Morata, S. L. <https://archive.org/details/ExperienceAndEducation/page/n9/mode/2up>

Elkonin, D. B. (1980). Psicología del juego. Visor Libros.

Escalante Barrios, E. L., Coronell Gutiérrez, M., & Narváez-Goenaga, V. (2014). Juego y lenguajes expresivos en la primera infancia: Una perspectiva de derechos. Editorial Magisterio.

García Fernández, P. (2016). Fundamentos teóricos del juego. Ed. Wanceulen Editorial. Sevilla, España

Huizinga, J. (1938). Homo ludens: A study of the play-element in culture. Alianza Editorial/Emecé Editores.

Jiménez Vélez, C. A. (2008). El juego: Nuevas miradas desde la neuropedagogía. Editorial Magisterio.

Lillard, A. S., Lerner, M. D., Hopkins, E. J., Dore, R. A., Smith, E. D., y Palmquist, C. M. (2013). The impact of pretend play on children's development: A review of the evidence. *Psychological Bulletin*, 139(1), 1–34. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0029321>

Londoño Torres, G. E. (2006). Samaria: un encuentro con la educación popular. *NOVUM, Revista de Ciencias Sociales Aplicadas*, 31(enero-diciembre), 103-113. Universidad Nacional de Colombia.

Miller, S. A. (2019). Desarrollo de las habilidades sociales en los más pequeños: (ed.). Narcea Ediciones.

Ministerio de Educación Nacional. (2017). Bases curriculares para la educación inicial y preescolar. Ministerio de Educación Nacional.

Ministerio de Educación Nacional. (2014). Documento No. 22: Serie de orientaciones pedagógicas para la educación inicial en el marco de la atención integral. Bogotá, Colombia: MEN.

Ministerio de Educación Nacional. (1997). Decreto 2247 de 1997, por el cual se establecen normas relativas a la prestación del servicio educativo nivel del preescolar y se dictan otras disposiciones. Bogotá, Colombia.
https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-104840_archivo_pdf.pdf.

Monjas Casares, M. I. (Directora). (1998). Las habilidades sociales en el currículo. Editorial CEPE.

Naciones Unidas. (1989). Convención sobre los Derechos del Niño. Asamblea General de las Naciones Unidas.

Sáinz, F. (2017). Winnicott y la perspectiva relacional en el psicoanálisis: (ed.). Barcelona, Herder Editorial.

Pérez Rodríguez, M. D. (Coord.) (2015). El Juego Infantil y su Metodología: (2 ed.). Málaga, Editorial ICB. <https://elibro.net/es/ereader/usta/120432?page=17>

Piaget, J. (2004). La formación del símbolo en el niño: Imitación, juego y sueño. Imagen y representación (Primera edición en francés, 1959; Primera edición en español, 1961; Decimosexta reimpresión, 2004). Fondo de Cultura Económica.

Ríos, G. (2013). El juego como estrategia de aprendizaje en la primera etapa de educación Infantil. Universidad Internacional de La Rioja.
https://reunir.unir.net/bitstream/handle/123456789/1910/2013_01_31_TFM_ESTUDIO_DEL_TRABAJO.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Sarlé P., Rodríguez S., I., Rodríguez E., (2014) El juego en el nivel inicial, Juego y espacio, ambiente escolar, ambiente de aprendizaje. Buenos Aires, Argentina, Editorial, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNICEF.

Suárez Vaca, M. T. (Coord.). (2022). Lúdica e infancia: tejidos de pensamiento. Editorial UPTC.

Tonucci, F. (2016). Cuando los niños dicen ¡basta!. Editorial Graó.

Vygotsky, L. S. (1983). Obras Escogidas, Tomo 1.

Vygotsky, L. S. (1978). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Edición al cuidado de Michael Cole, Vera John-Steiner, Sylvia Scribner y Ellen Souberman. Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona.

Vygotsky, L. S. (1995) Pensamiento y lenguaje. Ediciones Fausto

Wallon, H. (1987). La evolución psicológica del niño. Crítica. Barcelona.

Zurita Báez, T. D. L. C. (2018). Habilidades sociales y dinamización de grupos: MF1027_3: (2 ed.). Antequera, Málaga, Spain: IC Editorial.